

El perro, el voyerista, la ambulancia y la vecina¹

Manuel José Rincón Domínguez
Egresado
Taller de Escritores Universidad Central

Una cola delgada y más larga que la de un ratón se abanica de un lado a otro del estudio mientras los ojos del animal, clavados en la cabecera del diván, reclaman un hueso. El perro había fijado las pupilas oscuras en mis pensamientos con un antecedente: yo no era propietario de ninguna bestia y menos recordaba haber comprado alguna para encerrarla en un apartamento. Sin embargo, sobre el tapete, además de mirarme, ladraba, ya no con hambre sino con insistencia, con tono autoritario de «dame un hueso o...».

«¿O qué?», me dije hasta que la voz de mi mujer invitándome a dormir me sacó del trance.

—*iMerde, alors!* —exclamé y la imagen se difuminó en mi mente.

Estaba seguro de haber escuchado los ladridos, de haberlo visto, pero el animal había desaparecido como un cuadro en pastel movido antes de haberle rociado el fijador.

—Me cepillo los dientes y voy —respondí.

Luego encendí la luz y traté de bajar la persiana del baño que daba a la calle, la única comunicación entre el ático con la Rue de la Loi. La ventana enlazaba mi vida con el mundo exterior, con los rostros de gente corriendo hacia el trabajo o hacia alguna diligencia para llenar sus vidas de rutina y razón de existir.

Aquella noche mi vida cambió. Mientras luchaba contra el cable de la persiana, una pelea diaria que concluía cuando destrababa el mecanismo, mis manos dejaron de halar el hilo para apoyarse en la repisa y mirar al frente. Vi con sorpresa dos bellos y grandes pechos, no enormes, pero sí grandes, medianamente juveniles. Entre la bruma invernal, sobre el marco de la ventana vecina, observaba el ligero vaivén de dos senos libres. Una mujer, 30 años le calculé, se asomaba con libertad y despreocupación, como queriendo tomar vuelo. Sólo cubría su vientre con una toalla blanca que aumentaba mi imaginación, o en este caso mi ilusión. Pensé en otro

¹ Este relato hace parte del libro del mismo nombre, ganador del Concurso Nacional de Cuento Ciudad de Bogotá, IDCT, 2006.

trance, una extensión del ladrido del perro o del abanicar de su cola, pero no, la muchacha se asomaba a la ventana como quien espera al cartero con las tarjetas de navidad llegadas de ultramar. La mujer, cabello largo, ojos oscuros, se movía sin preocupación dentro de su apartamento.

—Mi amor, ¿vienes a dormir o te quedas contando ovejitas abajo?

Y terminó la visión. Se espolvoreó entre mi mente. A pesar de consentir, abrazar y amar a mi mujer, algo había cambiado. En nuestra cama, mientras la besaba y extendía con suavidad mis manos sobre sus pechos, se me venían a la mente aquellas dos campanas de mi vecina con sus pequeños badajos repicando en mi cabeza, la veía como un hada desnuda emergiendo desde la niebla de un bosque.

El desayuno fue monótono, con el tedio de los sorbos de café negro mezclados con las infinitas preguntas del día a día de mi mujer. Una intrusa opacada por los senos de mi vecina. Los defectos de mi esposa habían aumentado ante mis ojos de manera directamente proporcional a las ilusiones que proyectaba en mi vecina, y la belleza de mi mujer se ocultaba en un acumulado de defectos intensificados de un día a otro, o de un seno a otro. Luego, mientras me afeitaba, vi partir una ambulancia. Cuando desayunaba ya había escuchado el estruendo de quien maneja por primera vez el poder de la sirena, de quien se siente dueño de la ruta gracias a las vidas de otros. Imposible que el escándalo no llamara la atención o despertara a los vecinos si aún dormían. Miré hacia abajo. Montaron un cuerpo vetusto conectado al cable del suero, el cordón umbilical que intenta amarrar la existencia y combatir el viaje hacia la muerte. No puedo olvidar la increíble sonrisa del viejo en el momento de abordar su viaje final; una sonrisa de aquellas que se tienen en los primeros deleites del amor, cuando aún el placer es virgen. Levanté mis trasnochados ojos y encontré de nuevo a la vecina. Salía de la ducha con los pechos ocultos tras una toalla mientras un turbante cubría su cabello mojado. Intenté terminar mi afeitada, pero el nerviosismo de las últimas horas y las imágenes de la mañana me hicieron temblar la mano y unas pequeñas gotas rojas desfilaron por el desagüe del lavamanos.

El día transcurrió con el mismo ritmo de ayer, anteayer, hoy, mañana y pasado mañana, salvo por la ilusión de regresar a casa y esperar a mi vecina en el marco de la ventana; el resto hacía parte de un mismo cuadro dibujado con un solo color. Confieso, me enamoré de sus senos, no sé aún si por su belleza inalcanzable o por la tregua en mi diario vivir, pero descubrí un encanto en aquella visión y en la dificultad de llegar a tocarlos. Los pechos de mi mujer eran suaves, deliciosos, firmes; los de mi vecina, abrigadores, sí, se oye raro, pero sentía como si su calor me envolviera y me llevara de retorno a la posición fetal, una regresión a la fase oral. Si mi cardiólogo supiera de la cantidad de emociones juntas me clausuraría la ventana. Igual, me demoré en el baño hasta su aparición. Llegó tarde. Valió la pena. Contemplé la ceremonia, su desnudar. Los movimientos carecían de

suavidad, de sutileza, de aquel encanto del goce cuando las cosas se hacen con lentitud, de esa pequeña dosis de seducción que puede hacer de lo cotidiano magia. Esta vez la vi completamente desnuda: ya no sólo eran sus pechos sino también su sexo; parecía peinarlo y moldearlo para alguna fiesta a la que yo no estaba invitado. Se deslizaba por su apartamento con toda tranquilidad, sin prevención, y yo viajaba por mi mente soñando imposibles, esperando una sonrisa que no llegaría.

Volví a dormir acompañado no de mi mujer sino de la extraña sensación que producía mi vecina, y desperté con la misma ambulancia y diferente cliente o víctima, dependiendo del caso. El perro no apareció en toda la noche, quizá porque yo andaba distraído mirando por la ventana del ático o porque mis trances habían desaparecido o cambiado la imagen.

En miras del entendimiento debo explicar que en la misma calle, al lado de mi apartamento, hay un edificio de siete pisos con clientes intermitentes que después de ingresar, gracias a la bondad familiar, sólo salen en ambulancia o en un carro de pompas fúnebres. El ancianato se llama L'Espoir de Vivre. Por lo general, los sitios cercanos a la muerte llevan un nombre que intenta brindar esperanza frente a lo inevitable, como cada pueblo del planeta con su Hotel Bellavista o las ciudades marítimas con un Cabo de la Buena Esperanza. En realidad, tratándose de mi vecina, yo hubiera bautizado el hotel de la tercera edad como Hostal Bellavista, a pesar de la permanente visita de la ambulancia o de los carros mortuorios que aumentaron su presencia en el vecindario desde que aparecieron los pechos en la ventana.

La jornada, en esta ocasión, fue más larga por el deseo de regresar pronto a mi casa. Cada vez tenía más ganas de volver al hogar, a la ventana, a deleitarme con mis pechos preferidos, y quizá, con su sexo recién peinado. Tal vez en esta ocasión sería el invitado de honor, el caballero escogido para entrar al bosque, el Robin Hood de su corazón.

—Mi amor, otra vez te demoras. Ven a dormir —dijo mi mujer mientras yo tenía de nuevo clavada la mirada en los senos de la vecina. Los veía en zigzag como la cola del perro invisible. Los veía en movimientos contrarios a los de mi mujer, que cada vez los sentía más estáticos a causa de la fatiga, de la jaqueca o qué sé yo. Los veía más bellos, más firmes, aunque demasiado evidentes y reales. Enmarcados en la ventana me sentía visitando una exposición de desnudos, algún Rembrandt y sus cuerpos apenas acariciados por la luz del otoño. Era inevitable imaginar también a mis vecinos; seguramente uno de los ancianos montaba guardia hasta que aparecía la protagonista de nuestra película preferida, luego alertaba a sus socios para deleitarse cada uno a su manera con la función. Ya se habrían acostumbrado al riesgo de partir por el aumento de alteraciones cardíacas, pero sabían que era un viaje feliz.

Al día siguiente, el tercero de mis visiones, llegó de nuevo la ambulancia. Yo intentaba mirar a la vecina mientras me infartaba la emoción. La

ambulancia no se detuvo en el ancianato sino frente a mi casa. Los dos enfermeros, risueños, juguetones, cargaron mi cuerpo sin amarrarlo al suero. Me sostenían como cualquier carga de puerto, listo para navegar por mares desconocidos. Salí sin ningún ancla rumbo al túnel de la camioneta. La vecina se asomó, de nuevo desnuda, y vio la ambulancia lista a partir. Desde mi limbo, alcancé a observar la llegada de un novio a su apartamento, cubrió con cortinas la ventana, se desvistieron por separado, y se dijeron «buenos días» con un desapasionado beso. Arrancamos.

El perro dejó de batir la cola, ladró tres veces y se fue. **bU**